El accidente

Moisés Hernández

Capítulo 1

El accidente

Miguel venía caminando por la acera de la calle a eso de las nueve de la noche. Su bastón de invidente resonaba al rosar el piso del duro pavimento. No había nacido ciego, un glaucoma no detectado a tiempo terminó por dejarlo en las tinieblas desde niño.

Se detuvo unos instantes y sacó su Smartphone de la bolsa de la chaqueta. La nueva *App* de reconocimiento de voz había resultado ser increíble. Le daba más libertad e independencia. Bastaban solo unos comandos de voz y podía acceder a cualquier aplicación de la pantalla del teléfono. Hacía rato que había pedido un auto de Uber, en la esquina de la avenida principal lo esperaba. Aunque aún no era muy tarde, varios negocios habían empezado a cerrar.

Miguel podía escuchar las cortinas de los comercios cerrarse, el aire frío del cercano invierno le helaba el rostro. También oyó el auto que se frenaba justo a su lado.

—Miguel Gómez, ¿verdad?

—Sí, soy yo

—Es el servicio que solicitó.

—Bien, esta es la dirección a la que quiero que me lleve —Se llevó el teléfono cerca de la boca — Ubicación casa —Mostró la pantalla a la altura de la voz del interlocutor.

—¿Es por la colonia Buenos Aires?

—Sí, por allá es —decía Miguel mientras abordaba el auto.

—A esta hora todavía hay algo de tráfico por la avenida principal, me voy a ir por la calle de los lotes baldíos para acortar camino, ¿está bien?

—No hay problema.

El auto atravesó la concurrida ciudad, de los comercios bulliciosos y la autopista muy transitada se desviaron por un atajo. Era una calle llena de negocios de partes de autos usadas. Muy famosa en la ciudad, pero no por su finesa; sino por ser muchos de ellos desguazaderos de automóviles robados.

A esa hora se encontraba todo cerrado. El auto atravesó la calle a gran velocidad, el chofer quería dejar cuanto antes ese vecindario, no fuera a acabar su flamante Corolla convertido en refacciones robadas.

Varios hombres de semblante turbio, algunos fumando mariguana, miraban el auto pasar. Miguel sentía el nerviosismo del conductor.

—¿Todo bien? —cuestionó

—Sí, tal vez no fue buena idea desviarnos por aquí —respondió el chofer—. Pero, en fin, ya falta poco.

—¿Por dónde vamos?

—Estamos dejando atrás los negocios de refacciones usadas, estamos en los terrenos baldíos.

—Entonces falta poco para salir a la avenida central.

—Sí, unos minutos más y...

De improviso una figura salió de la nada. El chofer giró el volante del automóvil tratando de esquivarlo, perdió el control, se salió del camino, se metió a un baldío y chocó contra un árbol.

Todo se desvaneció. Miguel despertó de pronto, había un olor penetrante a gasolina, tenía un fuerte dolor de cabeza. Sintió como de su cien derecha escurría algo de sangre. Su pierna izquierda estaba aprisionada con el asiento del chofer. Un fuerte dolor en el costado comenzó a molestarlo. Aun así, tuvo fuerzas para tratar de ayudar al conductor.

—Oye, ¿estás bien?

—¡Oh Dios, Dios..! —Musitó el hombre en un estertor de dolor.

—¡Ayuda, aquí por favor! —gritó Miguel, buscó en la bolsa de su chaqueta, pero no encontró su celular—. Voy a salir a pedir ayuda.

Miguel trató de sacar su pierna del respaldo del asiento del chofer, pero estaba prensada. A tientas logró encontrar su bastón, trató de hacer palanca con él, pero se dobló y terminó por quedar inservible.

—¡Ayúdenos por favor! ¡Estamos aquí! —gritó lo más fuerte que pudo.

La puerta estaba atorada y no se abría, comenzó a patearla con todas sus fuerzas, con la pierna libre, finalmente cedió poco a poco.

—¡Llamada de emergencia, llamada de emergencia! —decía, tratando de invocar el reconocedor de voz del teléfono celular. Pero era en vano.

Se recostó para tratar de girar su tobillo e intentar liberar su pierna. Entonces un fuerte dolor lo paralizó, quizás lo tenía fracturado. Nadie respondió a sus llamadas de ayuda. Al poco rato alcanzó a escuchar un murmullo, unas voces se acercaban.

—¡Auxilio! ¡Ayúdennos por favor! ¡Estamos aquí! —gritó a todo lo que podía.

—¡Les dije que había escuchado un choque, ahí está! — Se escuchó la voz de un hombre.

Se escucharon otras voces venir por el mismo camino. Los pasos se acercaron, varias personas llegaron al lugar del siniestro.

—¡Gracias a Dios! Por favor llamen a una ambulancia, estamos atrapados. No puedo encontrar mi teléfono.

Alguien jaló la puerta y logró abrirla por completo. Unas manos jalaron a Miguel por la chamarra y se la sacaron, varias manos hurgaban en el interior.

—Fíjate que más traen estos cabrones de valor, aquí hay una cartera y un portafolio. Un teléfono hecho pedazos; ni modo, era de los buenos —dijo uno de los hombres.

—¡¿Qué están haciendo?! ¡Ayúdenos! —Agregó Miguel incrédulo ante la situación.

—¡Cállate idiota! —Respondió el hombre soltándole un golpe en la cara al herido—. Saca el radio también, nos van a dar buen dinero por él.

—Este cabrón creo que trae algo en la bolsa del pantalón, pero está atorado con el asiento.

—Ayúdame, vamos a sacarlo y lo revisamos —entre los dos hombres jalaron a Miguel por las manos mientras palanqueaban el asiento para liberarlo.

Miguel no pudo soportar el tremendo dolor y se desvaneció. Cuando despertó estaba tirado afuera del auto. Un fuerte dolor en la pierna lo hizo lanzar un lamento. Se la palpó y sintió el hueso expuesto y la sangre saliendo de ella. Se recostó presa del terrible dolor.

—¡Auxilio! ¡Ayúdennos por favor! —volvió a gritar, casi sin fuerzas.

Totalmente desfallecido se dejó llevar por la debilidad, todo comenzó a darle de vueltas. Una sensación extraña comenzó a embargarlo. En su cabeza algo como una luminosidad blanca apareció, tomaba la forma de un ente que se iba acercando a él. Todo parecía estar en su cabeza.

—¡Ya te escuché! —Se oyó la voz de una mujer.

—¡Ayúdame, tienes que pedir una ambulancia, sufrimos un accidente!

—Sí, vengo a ayudarte.

—¡No Miguel, no la escuches! Tenemos que salir de aquí — una voz conocida respondió.

—¡Lograste salir del auto! —dijo Miguel.

—Sí, ya estoy mejor.

—Vinieron unos hombres y nos robaron —musitó apesadumbrado—; no pude hacer nada, lo siento.

—No te preocupes, fueron solo cosas materiales.

—Me dolía mucho la pierna, pero ha dejado de molestarme. ¿Puedes ayudarme?

—Lo siento, estoy muy lastimado, apenas puedo conmigo mismo.

—Comprendo.

—Te estás desangrando. Tienes que detener la herida y llegar hasta la avenida, falta poco.

—Hay una mujer aquí que dijo que nos ayudaría.

—No, no la escuches, no nos ayudará. Hazme caso.

—Mi camisa, es todo lo que tengo, Voy a hacer un torniquete. —pensó Miguel.

Rompió parte de la prenda de vestir y sacó un jirón de ella, logro incorporarse un poco y logró atarlo a su pierna. El dolor fue intenso, pero consiguió hacer el nudo y detener la hemorragia.

—Estoy cansado, no puedo más —dijo Miguel.

—¡No te puedes quedar aquí, tienes que llegar a la avenida y pedir ayuda!

—¡No, yo quiero ayudarte y calmar tu dolor! —dijo una vez más la mujer.

Notó que ella tocaba su frente, el dolor fue disminuyendo. La mano era fría y dura. Era muy extraña. Él sintió que se relajaba, y comenzó a tener mucho sueño. Miguel tocó con sus dedos la mano que lo palpaba. Se estremeció hasta lo más profundo cuando sintió unos dedos descarnados sobre su piel. Sin poderlo comprender recorrió el brazo de la mujer, frío y duro. Llegó a su rostro, sintió el cabello largo que bajaba por sus hombros, de pronto sus dedos palparon unas cuencas vacías donde debía de haber ojos. Con una fuerza salida de la desesperación se arrastró alejándose del ente.

—¡Dios mío, eres la muerte!

—Quiero que vengas conmigo —agregó ella— nunca volverás a sentir dolor.

—¡Te dije que no la escuches, tenemos que salir de aquí! —gritó el chofer.

Miguel se arrastró por el piso, trataba de alejarse de la escena lo más pronto posible.

—¡Dios mío no quiero morir aún! ¡Ayúdame a salir de aquí, por favor! —suplicó.

—¡Hacia tu derecha, sigue hacia la derecha! —Lo dirigía la voz del chofer.

—¿La ves, puedes verla?

—¡Sí, nos viene siguiendo!

—¿Vamos bien, hacia dónde vamos?

—Tuerce un poco hacia tu izquierda.

Miguel siguió arrastrándose por el suelo, con la desesperación que le daba la terrible situación.

—¡No te vayas, ven conmigo! —le decía la mujer, su voz se venía aproximando hacia él.

—Sigue de frente, no te desvíes; falta poco —Agregó el conductor.

El dolor era insoportable, las piedras del camino laceraban su cuerpo, pero la voluntad de vivir lo hacía seguir. Finalmente pudo ver las luces de la avenida principal, logró llegar. Un motociclista venía por el camino y lo vio tirado en el asfalto, se detuvo.

—¡Por Dios! ¿Qué le sucedió?

—¡Ayúdennos, por favor! Mi amigo y yo sufrimos un accidente —respondió Miguel.

—¡Lo lograste! —finalizó la voz del conductor

Miguel perdió el conocimiento. No supo cuánto tiempo pasó. Todo era confuso, sentía la luz sobre su rostro, escuchabas voces, personas corriendo de un lugar a otro y aparatos haciendo ruidos extraños. Finalmente recobró el sentido.

—Buenos días, ¿cómo se siente? —preguntó una voz de mujer.

—Me siento mejor.

—Soy la doctora Sandra Espinoza, contactamos a su familia, ¿así que usted es invidente? —agregó la galena.

—Sí doctora.

—Se que ustedes tienen otros sentidos más desarrollados a falta de la vista. Pero todavía no podemos comprender, ¿como logró salir del baldío donde ocurrió el accidente y pedir ayuda?

—Es que recibí ayuda de mi amigo el chofer, me fue guiando para salir del lugar del accidente. Por cierto, ¿cómo está él?

—Señor, eso que dice no puede ser posible. El chofer del auto quedó prensado contra el volante, y murió casi instantáneamente.

Miguel quedó paralizado ante la noticia, no podía creerlo. Comprendió que el chofer a pesar del poco tiempo de haberlo conocido, tenía un gran corazón, volvió de su propia muerte para arrebatarlo a él de las garras de la parca.